

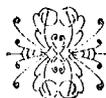


VICTORIA VASGONEZ GUVI

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION ECUATORIANA

Ensayos

Literarios



QUITO-ECUADOR

1922

BIBLIOTECA NACIONAL

R.60 - 5N

9.3-83-

Quito-Ecuador

VICTORIA VÁSQUEZ CUVI

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION ECUATORIANA



Ensayos Literarios



Quito, Enero de 1922

A mis amigas

DEDICO ESTE ENSAYO A MIS POCAS
Y BUENAS AMIGAS

QASÓ ya para siempre la rancia teoría que llamaba inútil y perjudicial la educación femenina, y en el día de hoy es, sin duda, necesario y loable que la mujer piense, se instruya, hable y escriba. ¿No es natural expresar de palabra o por escrito lo que impresiona y conmueve? ¿Hay algo más espontáneo que hablar, cantar o llorar cuando la emoción nos domina?

A vosotras, mis amigas, os digo, al oído, que mi pluma quisiera vivir en el país del ensueño, brillar como un rayo de luna o ataviarse con mágicos colores; mas, aunque huérfana de primores y galas, es para mí, una inmensa consolación.

Porque, en medio del dolor de la vida, el cultivo del arte significa una dulce alegría; alegría

sutil que no turba el ambiente sereno de mi soledad, de esta soledad en la que anhelo refinar cada día, ennoblecer y purificar mi espíritu, para que, entre otros fines, el arte mío, reflejo de mi vida, sea refinado también. Desde esta torrecilla de aislamiento contemplo la belleza por doquiera, la belleza que deseo expresar con palabras pomposas y suaves, semejantes a armiño y seda.

Amigas mías, hacia vosotras van el beso de mi idea y las flores de mis sentimientos.

VICTORIA VASCONEZ CUVI.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION ECUATORIANA

A Leonor en su Primera Comunión

TRAED FLORES! Cantad alegres salmos, derramad una lluvia de azucenas sobre la niña que llega venturosa, por la alegría inenarrable de la hora augusta en que se da a las almas el Pan milagroso de los ángeles y el Vino celestial de los santos.

«Oh adorable Eucaristía, Sacramento del amor de Jesucristo a los hombres, objeto del odio de unos y de la indiferencia de otros». A medida del dón crece la ingratitud en el mezquino corazón humano.

Señor, Vos sois el Dios de los niños y de las almas puras que se les parecen: díganlo Mariana de Jesús, Rosa de Lima.

Vos sois el Dios de las inteligencias luminosas y nobles corazones como el de un Pablo, de un Agustín, un Francisco de Asís.

Vos sois el Dios de las almas apasionadas y fervientes, de las mujeres que tienen fuego en el corazón, lumbre en la mente, de las mujeres hermanas de Magdalena y Teresa de Jesús.

Vos sois el Dios de los reyes, y las coronas de Carlomagno, de Luis, de Eduardo están a vuestros pies.

Vos sois el Dios de los ejércitos y de todos aquellos heroicos capitanes, rayos de las batallas; sois el Dios de Napoleón, Condé, Bolívar, Sucre.

Pero las almas impuras y sensuales no os reconocen, las inteligencias estrechas y los corazones mezquinos no os aman, las mujeres vanas y frívolas no os adoran y muchos poderosos del pensamiento y del carácter están hechizados por el error o vencidos por las fortalezas del orgullo.

La naturaleza, en derroché de galas, ha prestado su virginal tesoro para esta rica fiesta; la seda alabastrina, la concha nacarada, pieles sin mancilla y azucenas en flor: perlas se derraman cual rocío sobre su vestidura y se ostentan gallardas en su cuello.

Blanca de cuerpo y alma, ¡oh hermana mía!, no manches nunca tu infantil candor. Hay zarzales erizados y tinieblas que asustan en la vida; pero hoy has encontrado el camino que conduce a la verdad, has hallado la luz. Que el resplandor del Sol Eterno de justicia te circunde, Jesús es la verdad, Jesús es amor, Jesús es triunfo.

CLARINES Y CORNETAS

OID el fragor de la batalla y su terrible vocería; mirad la nube de humo de los cañones tronadores. ¡Que vivan los valientes! ¡Que mueran los traidores! ¡Vivan! ¡Mueran! El clamor de los clarines, la voz férvida de músicas guerreras, el piafar del caballo, trémulo de bríos y el toque prolongado de las cornetas transmisoras del pensamiento que gobierna.

Venid, volad al campo sembrado de cabezas y corazones. ¿No véis al soñador, al sediento de gloria? ¿No conocéis al padre, al amigo, al esposo? No miráis al buen hijo, delicia de su madre, al adolescente que está entretejiendo su corona de ensueños? No, no miráis esto; allí donde vuestra pupila se enciende y vuestra mano señala firme, miráis sólo al patriota. Fusión sublime de todos los amores; allí no halláis protervos ni viciosos, pues todas las maucillas se consumieron en el fuego purificador del amor patrio.

Mas, ahora, mirad a los traidores; allí no véis cabezas, corazones ni amor. Traicionar a la patria es renegar de todo sentimiento humano y noble, es tornarse reptil. No respeto a un padre venerando ni ternura a una madre noble y santa puede tener el que no ama a la patria, no fiel amigo ni cariñoso hermano puede ser el que no tiene patria.

Y en el campo cubierto de heridos y cadáveres, coronando los riscos, agitándose entre la marejada de humo y los retumbos furiosos del cañón; la bandera tremola aquí y allá, encendiendo el heroísmo, y excitando hasta la locura el amor a la patria, a la patria dueña de nuestras vidas, reina de nuestros corazones.

Deber sagrado es el de sacrificarse por la patria cuando su integridad, su honor, su independencia así lo exijan; pero el patriotismo se aquilata en la paz y se confirma en la guerra, pues la mayor prueba de amor es la de dar la vida por quien se ama: mas, patriotismo es no sólo morir por la patria sino vivir para ella; ser buenos y generosos, conquistarse un nombre y un título para ser dignos de ella; patriotismo es la tolerancia, la concordia y no, en manera alguna, el odio de los partidos políticos en el seno de una misma patria y al abrigo de una misma bandera; patriotismo es sentir todos en un solo corazón las amarguras de la patria, alegrarse de sus triunfos y trabajar, todos unidos, por su bienestar y engrandecimiento; patriotismo es seguir siempre los dictámenes de una conciencia honrada, empeñarse por alcanzar la verdad y por elevar el carácter. Patriotismo es, en una palabra, el amor incesante de la patria, el que como todo verdadero amor es sabio y benéfico; tiene ojos zahoríes adiestrados a las más felices previsiones y voluntad generosa que no rehusa las pruebas ni los sacrificios.

A UN AVIADOR

Y TE encumbras, intrépido, con la majestuosidad soberbia de los cóndores; desafiando las iras de los vientos y el estampido del rayo.

Aviador, ¿a dónde te diriges, hechizado con el fulgor de aquellas montañas que semejan los cúmulos nevados, o por el aspecto de gigantescos palacios que fingen las nubes en brillante agrupamiento? ¿Piensas descansar sobre las cumbres de aquellos volcanes aéreos o dominar la cerviz de fantasmas vaporosos?

No; seguramente te encaminas a los cirros, para buscar bajo doseles de diáfanos encajes alguna mansión de hadas. Dicen los poetas árabes, que por las alturas corre el Acawtar, río que nace debajo de las raíces del árbol de la felicidad: En esta región murmuran las fuentes de ámbar gris a la sombra de unas palmeras de oro, y las huríes cantan himnos triunfales a los soñadores y valerosos. ¿Ves aquellas fuentes, oyes aquellos cánticos?

¡Oh soñador!: sin duda vas en pos de un ideal, seguro de la fuerza de tus alas. ¡Cómo se mece el avión al dulce soplo de los céfiros!

Y descubrirás, tal vez, los secretos del éter, penetrarás el misterio que llena las alturas. Elévate, aviador, elévate sereno y conquista los tesoros que ocultan los cielos: Elévate en la idea y en el pensamiento, como te elevas en

la acción, para que puedas merecer bien de tus hermanos y el aprecio del mundo. Con tu mano, visionario, desata un rayo de ese sol del Inca y desciende a la tierra, por acaso tropieces en sombras o tu horizonte oscurezca la negra tempestad.

Sí, desciende y reposa un momento sobre nuestras montañas, donde celebra con pompa sus misterios la sacerdotisa naturaleza, bajo la cúpula del astro rey, sobre las baldosas diamantinas del hielo secular, con incienso de las selvas y a los retumbos de la tempestad.

Desciende y contempla los ríos que corren bulliciosos, sesgando entre las sinuosidades del terreno sin que los aprisionen los tupidos diques del ramaje; ellos se arrastran como serpientes y fecundan, no frutos mezquinos ni tardíos, sino espigas de oro repletas de bendición y de vida.

Desciende y admira la pródiga naturaleza ecuatorial, adornada con todos los primores de la belleza; de ambiente apacible, donde vientos alisios cultivan el amor perfumado de las flores; donde las auras derraman la fragancia de aromosos vergeles y mecen en oleaje murmurante la melena de los gigantes moradores de las añosas selvas.

¡Oh aviador!: si en tu pecho florecen las virtudes, la Fama ornará tu noble frente con laureles, que el Amazonas brindará generoso, repitiendo tu nombre en su carrera triunfal.

VICENTE LEÓN

EL 22 de Agosto de 1920, el señor don Belisario Quevedo, Rector del Colegio Vicente León, declaró oficialmente inaugurada la erección del monumento al ilustre Filántropo latacungueño. Es de interés social todo cuanto tienda a perpetuar la memoria de Vicente León, porque su vida encierra más doctrina que miles de volúmenes, y esta doctrina es en la hora presente saludable para nuestros hombres y para nuestros pueblos: Amor del saber, trabajo, perseverancia y sacrificio por la patria, elevados hasta el heroísmo, constituyen los distintivos de su carácter.

El amor a la patria, a la niñez y a la ciencia hizo de Vicente León el caballero inmortal, el maestro amable que pasea por el mundo su estandarte victorioso de nobleza y de civismo, enseñando que la prosecución de un ideal es lo único que vuelve memorables los nombres y las vidas, al mismo tiempo que derrama fecunda simiente, cuyos frutos deliciosos recogen las generaciones del porvenir.

¡Nostalgia del ideal, sed de verdad y de belleza! ¿Dónde un ideal más clásico y más puro, más alto y más benéfico que el de Vicente León?

Sereno y hermoso era su ideal. Fundar en la patria un Colegio, en el que habitaría alegre bandada de pequeñuclos, a quienes alimentaría con el pan de la ciencia y en cuyas cándidas frentes ceñiría la áurea corona del saber.

¡Salve pródigo del saber, derrochador de la ciencia! Sabiduría, ciencia, que has colocado tu alcázar superior al alcázar de los reyes; si los monarcas no son vasallos tuyos, se derrumban los tronos y los cetros caen despedazados; sabiduría, que te elevas con alas potentes al azul, dominas los espacios e inquieres el secreto de los astros; tú descendes a los senos fecundos de la mar e investigas la virtud prodigiosa de la tierra, das a conocer las leyes de la naturaleza, en las que brillan la armonía y la vida; enseñas cuánto son útiles y buenas las cosas grandes como las pequeñas, haces distinguir el bien del mal y concedes al hombre poderío y grandeza

En las prefiguraciones de su obra, Vicente León gozó, sí que gozó de la visión radiosa de la ciencia, y con su mirada genial contempló, cómo en los puros raudales del saber, mitigarían su sed de verdad las futuras generaciones de su patria.

«Dejo el remanente de mis bienes para que se instituya en mi patria, Latacunga, un colegio de educación», dice su octava cláusula testamentaria.

Educar, hacer el bien en su más bella forma, conceder altas dosis de felicidad para toda la vida de un hombre; llevar esa misma felicidad al hogar y a la patria.

Educar, hacer resplandecer la verdad en las almas e infundir en los corazones el amor del deber y del bien; formar el carácter implantando en él los sentimientos buenos y extirpando, atenuando a lo menos, los instintos perversos y viciosos.

Educar, desenvolver las aptitudes, casi siempre múltiples, que Dios ha concedido a cada alma; aptitudes que en el transcurso de la existencia, han de ser útiles para triunfar en las luchas por la vida.

Educar, formar un hombre sano de alma y de cuerpo, cuidando de sus fuerzas físicas, como de elemento esencial en el compuesto humano.

Al contemplar su idea de crear un plantel de enseñanza, encarnándose en las obras que podían realizarla, asombran su heroísmo y su constancia, porque Vicente León era pobre, muy pobre, y empezó la obra lenta de formar una fortuna cuantiosa, con el solo fruto de su trabajo honrado y perseverante, con su vida sobria y austera, con su abnegación y sacrificio.

Y aquí, precisamente, en la idea que se convierte en trabajo, en abnegación y sacrificio, nos da Vicente León la más adecuada doctrina que debe predicarse a nuestro pueblo. No

ha menester la patria, por más tiempo, de inútiles declamadores, sino de hombres que transformen en hechos las hermosas teorías de resurgimiento, estudiadas y ponderadas por tantos ecuatorianos de los pasados días. El desinterés en el servicio de la patria es hoy necesario, ante todo. No es preciso ser mártir como Vicente León, pero sí sacrificar una pequeña parte de nuestro reposo y de nuestra fortuna por élla. Lo que sí obliga, lo que se impone con toda la fuerza del deber, es renunciar las ambiciones mezquinas, los odios de partido y el afán exagerado de lucro personal en la adquisición y el manejo de los cargos públicos.

Y cabe también expresar aquí, otra lección que se desprende de la vida del Filántropo, pues será en todo momento necesaria. Que el tiempo es oro y es ciencia, es progreso y es bien, cuando se sabe utilizarlo con el trabajo y la constancia. Que la fortuna, el capital, no se conserva y acrecienta sino por medio de la economía y el ahorro; no del ahorro que forma los avaros, sino del otro que hace los hombres libres e independientes, los filántropos y benefactores.

Latacunga, poética y adorada; ya se vislumbra el día en que la imagen bronceada de tu hijo esclarecido llegará triunfalmente a tu hogar, velará por tu gloria y enseñará a tu pueblo sus eximias virtudes.

BIBLIOTECA NACIONAL
EUGENIO ESPEJO
QUITO, ECUADOR

POR LA GOTA DE LECHE

SIN preámbulo ni exordio, allá va esta verídica narración.

En los afueras de la ciudad, donde no se yerguen soberbios edificios, ni en la noche refleja sus luces el casino; donde no se oye melodía de pianos y violines, donde no ruedan coches y la calleja se vuelve cada vez más solitaria, allí está la casita en que vive una hermosa mujer, joven y pobre.

Penetrad en su morada y contempladla, de pie, junto a la cuna, acariciando la sedosa cabellera de su hijo.

Era ése un chiquitín rubio como una espiга dorada por el sol, blanco cual un lirio que se despliega a los primeros besos de la aurora, y diminuto cual un muñequillo que haría el embeleso de femeninas almas infantiles; sus labios, apenas sonrosados, parecían claveles, sus manecitas, al copiarse, darían realce al arte: en suma, era el pequeñuelo un manojito de flores.

La madre seguía contemplándole, decíale en secreto sus cariños, hasta que al fin, cediendo a su ternura, imprimió en la frente del hijo un beso que parecía abrasarlo; entonces, los vivarachos ojillos del niño se fijaron en los ojos de la madre: loca de amor, levantó ésta al infante y le abrazó diciéndole: Hijo del alma, encanto mío, mi dicha, mi tesoro; le miró sonriente y extasiada de gozo puso en los labios del niño su blanco pecho. . . . Mas, el hambre le había arrebatado el vigor de los brazos y las mieles del pecho. El niño lloró al encontrar vacío el rico vaso, en que la madre le ofrecía antes el néctar de su amor.

Entonces, mortal palidez cubrió el hermoso semblante de la joven, y un alarido en que se mezclaban todas las ansias y todos los dolores respondió a los sollozos del hijo.

Una niña se acercó temblando a la mujer desfallecida. Madre, madrecita de mi alma, dijo: ¿vas a morir? No, no morirás, porque saldré afuera a implorar una limosna por amor a Dios.

Al modo que nuevo combustible hace revivir el fuego, próximo a extinguirse; a la vista de la hija infortunada, tomaron nuevo fulgor los ojos de la madre y un raudal de palabras se desató de sus labios.

Ven, le dijo, mi encantadora Lola mía, morenilla graciosa; ¡oh, cuán bella, mi vida! Ven más cerca; déjame embelesarme en tus

miradas, donde los destellos de tus ojos me llevarán cual estrellas, para escudriñar tu alma hermosa, llena de irradiaciones de pureza; déjame hacer leve prueba en tus oídos, donde las palabras poco nítidas, harán temblar tu espíritu y traerán a tu frente las subidas coloraciones del carmín. ¿Iás tú a implorar la caridad por las calles y plazas, deshonrando tu gracia y tu belleza, tu talento y tu virtud?

¡Nó, gritó, jamás! Veré con la sonrisa en los labios que te mueras de hambre, pero no comerás el pan, ni beberás el vino, ni aceptarás las perlas, ni el oro que para las mujeres miserables derrocha la degradación.

Y creció la angustia de aquella mujer hasta que la llevó a los límites en que la razón se extravía y la voluntad sucumbe. ¡No más dolor! gritó, mi infortunio ha llegado a su colmo, mis niños huérfanos, miserables; yo viuda y desválida. ¡Abranse a mis pies abismos y devórenme, abráseme el sol hasta convertirme en cenizas! No tengo fuerzas para el trabajo, ni palabras bastantes para publicar mi desgracia y mendigar un pan.

¡Alto ahí!, mujer desventurada. No lla-
mes a la desesperación ni te hundas en el abismo de la angustia. Tu dolor despertará la compasión en las almas piadosas y la caridad en los espíritus cristianos. Ellos mitigarán tu pena y enjugarán tus lágrimas.

Es tan fácil y agradable hacer el bien: es tan noble tender la mano para levantar al caído, a fin de ahogar en su pecho el grito áspero del desconsuelo y escuchar de sus labios la palabra melodiosa de la gratitud.

Pues con el mismo oro con que se obtienen los placeres, que satisfacen tan poco, puede obtenerse la felicidad de nuestros semejantes. Ayudarles a sostener la vida, devolverles la salud, llevar la alegría al alma de los pequeñuelos, es profundamente hermoso y consolador.

Interesarse en la educación de un niño, que podrá ser un artista célebre o un soldado valeroso, cuando abandonado a su miseria sería, tal vez, un vago, un criminal, un suicida. Velar por la formación de una niña, que llegará a ser mujer honrada y laboriosa, en tanto que como hija de su suerte será arrastrada al mal; son en verdad goces infinitamente superiores a los que proporcionan el orgullo y la vanidad insaciables.

Conservar el honor, la independencia, la fuerza de los caracteres, que, de seguro, se debilitan, se abaten a los golpes traidores de la pobreza, aplacar la angustia imponderable de las madres, que no pueden dar a sus hijos pequeñuelos un pedazo de pan, son por cierto altísimos y selectos placeres.

Se puede, se debe cercenar un tanto el oro que se derrocha en el deleite, para ofrecerlo a nuestros pequeñitos hermanos, necesitados.

Pequeñitos son, inermes y desvalidos como un niño, todos los miserables. Niños que lloran y se quejan, niños que carecen de vestido y de pan, de fuerza y de alegría son todos los que padecen.

Nuestro Salvador Jesús, el Dios de amor, el infinitamente piadoso, El, que para todos los niños tiene una caricia y para todos los pecadores que en El confían una palabra de perdón; en su divino amor a los pobres, a los pequeñuelos, a los desgraciados, les dice: «El que a vosotros recibe a Mí me recibe, porque lo que hicieren con cualquiera de vosotros lo habrán hecho conmigo». Pues, entonces, ofrezcamos a Nuestro Señor regios lises, lirios, rosas de caridad.

«La virtud, la caridad sobre todo, tiene el privilegio de ser una de las más altas poesías». Rimemos cada hora la inefable poesía del bien; demos limosna no sólo de pan sino de verdad y arte: Demos a los niños pobres la limosna de nuestro corazón, procurando aliviar con nuestro afecto su inmensa desventura.

Nobilísima será la caridad que las cultas y piadosas damas de la Capital realicen para proteger a la niñez desvalida, con la fundación de la Gota de Leche. Dios ha dotado al corazón femenino con un tesoro inagotable de bondad y ternura; tesoro que distribuido por las cristianas manos de la mujer quiteña, se convertirá para los pequeñuelos en alegría, en vida y esperanza.

CANCION DE PRIMAVERA

ALLI, allí donde se clava y hunde la reja del agricultor de mi patria, de mi patria en la que pródigamente derrama el sol sus oros, la brisa sus caricias y el agua su canción, hay un reino apenas conocido. Narraré las impresiones del viaje fantástico por este reino, en el cual encontré «el árbol que canta y el pájaro que habla».

Obedecí la voz de la experiencia que me dijo: Labra el surco y abre el generoso seno de la tierra, que ésta en recompensa de tu afán, te enseñará los tesoros de sus palacios subterráneos.

El golpe firme y repetido del hierro descubrió el subterráneo, y entonces hallé, no los codiciados tesoros, sino, ¡oh dolor!, la ruda y anhelante fatiga: sí, la fatiga, que en los escabrosos caminos de la gloria, en los laberintos de la ciencia, en las montañas altísimas de la virtud, somete a lenta prueba el carácter de los hombres.

En la gloriosa epopeya americana, consumada por hechos prodigiosos, por hazañas homéricas, la fatiga acompañó a Bolívar en el año nefasto de 1814, cuando desengaños y rigores destrozaban su ideal de libertar el Continente; acompañó a Sucre y sus legiones en la admirable ascensión al Pichincha, donde iba a librarse la batalla redentora.

En el Ecuador, mi noble y dulce Patria, a la que dieron honra en todo tiempo hijos beneméritos, la fatiga fue testigo, mil veces, de la inquebrantable constancia y las vigiliass de González Suárez y Luis Felipe Borja.

Aquí, en el fecundo seno de la tierra, donde el ojo inexperto descubre sólo polvo y la voluntad tímida huye del trabajo y el esfuerzo, está el reino en el cual el amor del aire y la tierra, del agua y la luz, hace germinar la semilla, que trae las primaveras fragantes, como un eterno *devenir*, en el que florece la vida de los mismos despojos de la muerte.

Aquí está el imperio de la soledad que forma los austeros, los fuertes, los artistas.

Aquí están el mármol, la piedra y los metales en que esculpen inmortales bellezas los magos soberanos del arte; aquí el oro que circula en los ríos y yace en las profundidades de la tierra, y las piedras preciosas que recogen los invisibles gnomos.

Aquí está el primer manantial de la riqueza: a poder de trabajo da la tierra sus dulces

frutos que conservan la vida; vende las sustancias que adormecen el dolor y devuelven la salud, hace verdear la esplendente alegría del prado, que alimenta la vacada proveedora de leche y carne.

En sus campos luce el algodonero sus vistosas galas; ostenta el lino sus flores en las que resplandece el azul de la aurora, y se yergue la morera para hogar del gusano de seda.

En esta paradisíaca tierra ecuatoriana guarda el suelo tesoros de leyenda y son esos los tesoros que enterraron los Incas. Esta pródiga madre, al proporcionar a sus hijos noble y ventajosa ocupación, hará que la espada, pronta a desenvainarse en desastrosas guerras fratricidas, sea en el «útil arado convertida».

El trabajo agrícola abrirá en el Ecuador la anhelada nueva ruta en que se ejercitará el esfuerzo de miles de seres, sedientos de actividad y de oro.

La agricultura creará en el país una raza de hombres sanos y fuertes, porque le arrancará del apiñamiento e infecundo afanar de la ciudad.

La agricultura dará un golpe mortal a la empleomanía, enervadora de los caracteres, a la bohemia triunfante, corruptora de las costumbres juveniles y a la mendicidad convertida en profesión lucrativa.

Y tendiendo la vista al porvenir, allá, una tierra ignota, un bello país encantado surge en

ese que un día será el verdadero Oriente ecuatoriano.

¡Oriente! profético nombre, que a la patria de Montalvo y Olmedo darás rica vitalidad y lozanía.

¡Oriente! tú exigirás pronto del Ecuador el generoso y patriótico esfuerzo de sus gobernantes, el arduo trabajo de sus varones, todo el ardor de sus jóvenes valientes.

Jóvenes ecuatorianos, jóvenes del mañana, el Oriente os ofrecerá campo digno para vuestras proezas: llevaréis vuestra bandera y la plantaréis en las cumbres del Abitahua; llevaréis la castellana parola, la historia y cultura de la patria a las frondosidades de la selva virgen, descuajaréis los bosques, ahuyentaréis las fieras, conservaréis la integridad del territorio patrio, y seréis heroicos centinelas y defensores contra la audacia del usurpador.

Pero, ¿a dónde voy en alas de mi sueño? Prosigamos. Penetré en las profundidades de la tierra para estudiar los secretos que ellas guardan; conocí el laboratorio donde la Naturaleza verifica la germinación de la semilla, y caminé por una senda oscura y áspera, hasta que llegué a un valle, en el cual la riente Primavera comunicaba su espíritu a los pintados árboles, a los racimos y a los trigos.

Los racimos hablaron:

Somos rojos como la sangre o rubios en el champaña que burbujea en esplendente copa.

Nuestros jugos circulan con gloria por el mundo, desde sus fuentes de Borgoña y desde sus manantiales del Rhin.

Con nuestra sangre llevamos a las almas la alegría y a los cuerpos la fuerza.

Y los trigos dijeron:

Formamos el pan con que la tierna madre aplaca el hambre del pequeñuelo; sostenemos la energía del labrador y confortamos la mente del filósofo; calmamos la angustia de los necesitados y somos la limosna del mendigo; mitigamos el rigor de los ayunos y vamos a suavizar la miseria de los encarcelados.

Rodamos por el mundo en finos estuches y fuera de ellos; lucimos en la mesa del festín y en los banquetes de los poderosos.

Desde un trono, cuyo cortinaje era formado por la pálida seda de los lirios, dejó oír su vocesita la azucena: Tengo la blancura del candor, que en la mente de los niños cubre con niveo velo las vergonzosas sombras; del candor, compañero de los grandes espíritus y ángel guardián de las jóvenes cristianas

Y el azahar: Soy la flor sagrada de las ilusiones. Las blondas cabezas que gallardas se ciñen mi diadema, me dicen sus radiantes visiones y dorados ensueños.

Los juveniles pechos que orgullosos ostentan mis ramilletes, son nidos de amores cándidos, de santas promesas, de bellos juramentos.

La humilde violeta: Soy la que simbolizo la modestia, santa virtud, amada sólo del verdadero mérito, y desconocida de la vanidad triunfante y del orgullo dominador.

Hasta que se irguió con pompa la rosa gentil y enfáticamente declamó: ¿Quién no busca los sueños de color de rosa, qué virginales mejillas no envidian mi carmín, qué poeta no me canta, qué enamorado no me codicia?

Sonó luego, majestuosa, la voz de la encina: Represento a los grandes y a los fuertes. Con mi cabeza erguida resisto a las tempestades y afronto la furia de los vientos, al balanceo armónico de mi cabellera que se sacude del polvo y arroja las gotas de la lluvia. Doy sombra al caminante, apoyo al débil y abrigo a las aves del cielo. Soy la reina del bosque y sé que la majestad recibida se devuelve en noble ejemplo y generosa ayuda.

Con fúnebre y blanda voz, dijo el sauce: Con mi hermano el ciprés somos los compañeros de los muertos. Yo sé de muchas lágrimas que muy pronto se cambiaron en risas; sé de promesas olvidadas y juramentos deshechos. Aquí, a mi sombra, se destruyen los palacios de la gloria, y enmudece la trompeta de la fama. Yo he visto las hermosuras orgullosas convertirse en polvo y los cuerpos florecientes reducirse a cenizas. Yo sólo proclamo con eterna verdad: «Vanidad de vanidad y todo vanidad».

Y concluyó el laurel: Brindo alegre mis ramas para coronar la frente de los poetas y los héroes. En las sienas de Homero y el Dante, en las de Alejandro y Napoleón: ¿ha muerto acaso mi verdor? Muere lo caduco, «vuelve el polvo al polvo»; pero la gloria que arrebató el genio en los triunfos de su pensamiento o de su acción, es inmortal.



POR LA MUJER

PORQUE es de vital importancia todo lo que se relaciona con la educación de la mujer, trataremos de este punto con la aplicación y el cuidado que nos sea posible, proponiéndonos hacer, en adelante, estudio preferente y especial de cuanto pueda ser útil, o siquiera agradable a nuestras bellas hermanas del Ecuador.

Hondo y trascendental nos parece el asunto propuesto, y tanto, que no dudamos en afirmar que de la buena educación de la mujer depende, en gran parte, la reforma de las costumbres y el bienestar social.

Y porque reconocemos que nuestra voz es débil y no alcanza a interesar a los demás, buscaremos con frecuencia el apoyo de muy célebres maestros, que al mismo tiempo que nos den saludable enseñanza, confirmen nuestras opiniones.

No vamos a llamar a la mujer a un campo de acción para el cual aun no está preparada; no le insinuaremos que se presente en la pales-

tra política, que intervenga en los comicios, ni vaya a la Legislatura, sino que iremos a buscarla en el hogar, y allí estudiaremos su misión, sus deberes y sus derechos.

«La influencia de la mujer es igual en todas partes, dice Smiles. En todos los países, las costumbres, las maneras y el carácter del pueblo dependen de ella. Cuando es depravada, la sociedad es depravada; y cuanto más pura y moralmente ilustrada sea, tanto más noble y digna será la sociedad. Luego pues, instruir a la mujer es instruir al hombre, elevar el carácter de la una, es elevar el del otro; ensanchar la libertad mental de la mujer es asegurar la de toda la comunidad, porque las naciones no son sino el producto de los hogares de la familia, y los pueblos el de las madres».

La influencia de la madre en sus hijos es, sin duda, un gran proceso que interviene en la elevación o decadencia de los pueblos. Formad buenas madres y tendréis hombres educados, que harán la grandeza y prosperidad de la patria.

En esta hora de indudable malestar social, que exige para conjurarlo el apoyo de todo elemento bueno, es en primer término la mujer la llamada a modelar los caracteres probos, a formar las costumbres puras y los hábitos sanos; y es esta la hora en que la mujer necesita de ilustración para alentar el fuego de los grandes

ideales, para ser la maestra de la virtud y la única que en caracteres indelebles puede escribir en el corazón de sus hijos estas palabras: Dios, Patria, deber, honor, carácter. Palabras estas, que son el resumen de las más altas virtudes.

Qué admirable, qué pródiga en bienes puede ser la misión de la madre, con abnegación cumplida. ¿Para qué ir a las legislaturas si ella puede educar a los legisladores? Para qué correr a los campos de batalla si puede inmolar su corazón enseñando a sus hijos el amor a la patria y el deber del sacrificio? Para qué lucir en la cátedra sagrada si puede repetir más que al oído, al alma misma el Sermón de la Montaña? ¿Por qué envidiar a los maestros que modelan el espíritu cuando ella puede ser la más persuasiva de las maestras y enseñar la más perfecta de las ciencias, la moral y el deber?

«No hay cultura social posible, dice Posada, sin levantar a la mujer como al hombre. El gran progreso de los Estados Unidos en todos los órdenes de la actividad social, tiene su principal causa en la madre, educadora de sus hijos, maestra necesaria, fatal de los futuros ciudadanos en los momentos críticos de la infancia, y formada en un régimen pedagógico igual a aquel en que se forma el varón, y por ende tan culta, tan interesada, tan dispuesta para las luchas de la vida como el varón mismo».

La formación del espíritu y de las costumbres corresponde en gran parte a la madre, y toda reforma social bien dirigida ha de empezar por la educación de ella. Y la mujer ecuatoriana, piadosa, fiel a sus deberes, patriota y artista, posee cualidades innatas muy sobresalientes, para que bien educada, pueda ser la portaestandarte de la reforma social.

II

Consideramos el arte de educar superior al de crear y sacar a luz seres fantásticos, porque el educador puede dar vida y hermosura reales a seres verdaderamente constituídos. Consideramos la educación obra soberbia de arte, porque puede imprimir, mejor que en el mármol y el bronce, en la voluntad y hasta en el cuerpo mismo, soberana belleza, belleza multiforme, cual corresponde a las fases y formas de la vida.

Pero no pensamos que el alma sea materia inerte como el mármol, sino que creemos necesario descubrir en ella lo espiritual, lo inmenso, respetar su libertad y perfeccionar sus naturales tendencias.

Creemos que la educación es obra de arte, porque además del impulso inicial, exige la paciencia sobrehumana del artista para desarrollar, pulir y retocar la obra, creyéndola siempre susceptible de nueva belleza y adelanto.

Como muy bien dice Rodó, «obra de amor es la creación del artista», y la de educar requiere más que otra alguna el prodigio del amor. ¿Quién, pues, con amor más puro que la madre, podrá imprimir día y noche en la voluntad de su hijo el carácter, formar y hacer que crezcan en la verdad su razón y su juicio y mantener en su cuerpo la salud y la fuerza?

El amor es el centro de donde procede la aptitud asombrosa que para educar tiene la madre. De allí viene la abnegación constante en favor de un sér tan débil como el niño; de allí la asiduidad infatigable para dirigir o enderezar sus caminos; de allí la condescendencia que gusta de conceder todo aquello que no es perjudicial, la rectitud y la severidad que debe someter siempre el carácter a las normas de la moral y del bien.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION ECUATORIANA

Por esto, porque el amor todo lo alcanza, quien puede dominar en el niño, modelar sus costumbres, ilustrar su conciencia y darle su fondo constitutivo e íntimo es la madre en la infancia. Después, en la adolescencia y en la juventud, «para fijar la idea e insinuarse en las profundidades del espíritu», élla tiene más que ningún otro la gracia y la simpatía, frase sugestiva y galana y tiene, además, como secreto de dominio, la magia de sus ternuras y sus lágrimas.

«El hogar doméstico es la primera y más importante escuela del carácter. Allí es donde

todo sér humano recibe su mejor educación moral o la peor, porque allí es donde se penetra de los principios de conducta que le informan y que cesan tan sólo con su vida».

«Hay un proverbio que dice, *el hogar hace al hombre*, porque allí los miembros futuros de la sociedad son tratados en detalle y labrados uno a uno. Por esto, puede considerarse el hogar como la escuela más influyente de la cultura de un pueblo».

Mas, por falta de apropiada educación, no es todavía la mujer causa primera e impulsora fundamental del progreso, sino que pudiera ser, sin que ella lo conozca muchas veces, origen de la mala dirección y, en consecuencia, del ruinoso porvenir de la familia.

«Es constante, dice Fenelón, que la mala educación de las mujeres hace más daño que la de los hombres; puesto que los desórdenes de los hombres vienen frecuentemente, ya de la mala educación que han recibido de sus madres, ya de las pasiones que otras mujeres les han inspirado en edad un poco avanzada».

Y en verdad, cuántos gravísimos dolores se evitarían merced a la buena educación de la madre. Vocaciones perdidas o contrariadas, que pueden figurar entre las más grandes desdichas humanas; aptitudes deformes que angustian y lastiman tanto como las deformidades físicas; hábitos que amargan la existencia y la encadenan al yugo férreo de innobles pa-

siones; miles de enfermedades que la higiene hubiera evitado, de seguro, se debe casi siempre a la falta de ilustración de los padres.

Pero, cómo descubrirá la madre las aptitudes del niño y las dirigirá conscientemente si ignora la Psicología y la Pedagogía? ¿Cómo cuidará de la salud y el desarrollo físico si no sabe Fisiología e Higiene? Cómo enseñará la ciencia de la acción recta y buena si no ha estudiado Moral y Filosofía? ¿Cómo hará la fortuna y el bienestar material de la familia si no está iniciada en los principios de la Economía?

Con la colaboración de la madre en la obra lenta y compleja de educar sería admirable el éxito del maestro en la escuela y el colegio; pero, ni los esfuerzos de los maestros, ni el ejemplo de la buena sociedad son bastante poderosos para reemplazar la influencia que en la formación del carácter, tienen fatalmente los padres.

Obra de verdadera beneficencia y patriotismo hiciera el caballero o la dama que con sus caudales fundara un gran colegio para las jóvenes, estudiando los mejores colegios de los Estados Unidos y de Europa y tomando de ellos lo que fuere más adaptable y conveniente. Obra altamente benéfica sería no sólo para la sociedad en general, sino de manera especial para la mujer misma, de cuya educación vamos a tratar en seguida.

III

La ciencia luz y amor, la ciencia alegría y fortaleza de las almas, la ciencia que nos acerca a Dios y nos hace fraternizar con los hombres, no debe estar jamás separada de la mujer.

La ignorancia que es fealdad y sombra del espíritu, que significa tristeza y miseria, que es cárcel y enfermedad de las almas no es, no puede ser jamás compañera de la mujer.

La ciencia que es belleza y gracia, porque es verdad y armonía, ¿será perjudicial a la mujer? «Es preciso ante todo formar en ellas la razón, la reflexión y la firmeza del carácter, porque esto es lo que más falta en la educación de las jóvenes y en la vida de las mujeres. No se les enseña nada que sea serio, reflexivo y sólido, nada que forme su razón y su juicio ni siquiera nada que les interese en el fondo».

En el estado actual de amplia cultura; ¿podrá creer una mujer sensata en el supuesto ridículo, en que al decir del vulgo, incurren las mujeres que estudian?

Venga sí la censura sobre la mujer presuntuosa o pedante, pero si el estudio, como es natural, la hace modesta, sencilla y juiciosa, ¿habrá motivo para censurarla?

Hay en verdad entre nosotros y para orgullo nuestro, modelos de brillante educación en el mundo femenino; pero, por regla gene-

ral, es muy incompleta la cultura de la mujer porque carece de ideales que correspondan a los altos fines de la vida. Ella, que por su natural intuición, por su fantasía soñadora, por su sensibilidad exquisita debía anticiparse a la espera del ideal presentido y llevar en su mano el estandarte del entusiasmo, es la *muñeca adorable*, la reina de las fiestas galantes, la que trata de llenar la hondura interior con vanidades, mientras el corazón y el cerebro son arrojados a la frivolidad, a la parálisis, hasta cierto punto.

Pero, este olvido, este descuido de la cultura de la mujer, produce en ella muy honda e inevitable tristeza, pues oponerse por medio de la mala educación y la costumbre al desarrollo completo de las más nobles facultades humanas, es un atentado contra la vida del espíritu, un sacrificio estéril, un fracaso diario con los cuales es imposible resignarse, tanto menos, cuanto que todas sienten en sí alas poderosas para el vuelo y actividades capaces de conquistar el triunfo.

Eduquemos a la mujer, como al hombre, en los primeros años y, después, perfeccionemos cuanto nos sea posible sus excelentes facultades. No esperamos que su triunfo definitivo se realice alterando su naturaleza: no, creemos, por el contrario, que encierra gran verdad aquello de que la perfección de la mujer está ligada a un aumento de feminidad. Enten-

demos por feminilidad la gracia, la sugestión, el hechizo que florecen en las naturalezas refinadas, la gracia y el hechizo que son emanaciones de poderosa fuerza interior y no, en manera alguna, producción enfermiza de la debilidad, que es la ruina de la mujer. El feminismo no cultiva la debilidad del espíritu ni del cuerpo, sino la libertad, la firmeza del carácter y la fuerza física, tan necesaria para la vida.

A qué se debe, pregunta una escritora americana, el gran progreso de la mujer en los Estados Unidos? Se debe a que ella ha sido no la muñeca sino la compañera del hombre en todos los ramos de la actividad. Antes de que se la hubiera concedido el derecho de sufragio, se ha vuelto acreedora a él, ayudando eficazmente al padre, al hermano, al esposo en el campo, el taller, la oficina, la fábrica: por esto el hombre ha comprendido que la generosa compañera de sus trabajos y fatigas, debía participar con él de sus mismas libertades y derechos.

El trabajo profesional, las artes, la actividad, las libertades no están en oposición con el carácter dulce y sensible de la mujer: muy al contrario, son necesidades intrínsecas de su temperamento. Los seres insensibles y apáticos son en la sociedad inútiles y mezquinos; en tanto que el talento unido a un corazón apasionado es hábil para todos los trabajos y

sabe conquistar todos los triunfos. El primer paso para el progreso de la mujer es ciertamente la ilustración, pero resta algo muy importante, resta trabajar por su libertad completa haciendo que las artes, las industrias y las profesiones le den la independencia económica.

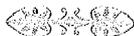
Convencer a la mujer de que debe estudiar e ilustrarse sería el máspreciado lauro que un escritor pudiera ambicionar, y establecer un gran colegio para las jóvenes el acto filantrópico más hermoso que pudiera realizarse.

La reforma en la educación femenina será lenta si la mujer misma no toma parte en ella. Muy recomendable sería que fuera la mujer antes que los hombres y que los gobiernos quien trabajara por su mejoramiento. Por esto, en el amor al estudio y al trabajo, no en la infancia solamente, sino mientras dure la vida, se revela la evolución femenina en la sociedad moderna.

Esto no excluye el que la Legislatura, el Gobierno y los hombres de letras estén obligados a devolver sus derechos, a fundar colegios y a ilustrar la opinión pública en favor de la mujer.

Un sociólogo americano, dice: «Hace falta que la mujer traiga a este campo hoy tan perturbado de la actividad política, algo del idealismo, del desinterés y de la abnegación, que son cualidades propias de su naturaleza, en la seguridad de que los beneficios no tarda-

rían en dejarse sentir en la vida colectiva». La evolución sociológica actual, no aconseja sino que llama urgentemente a la mujer a cumplir el deber que le toca; el deber de educadora, el de maestra de las buenas costumbres, y el de servirse de su corazón ardiente y bondadoso para alentar e impulsar lo bueno, para corregir y curar lo malo, lo vulgar y lo feo.



UN MENDIGO

EN aquella opulenta casa había una habitación correctísima: altas y nítidas vidrieras la bañaban de claridad, la cual se descomponía en mil colores al atravesar los prismas de arañas y candelabros relucientes. Magníficos tapices se descolgaban desde el techo y rozaban una rica alfombra; muebles selectos, cuadros y muchos libros, daban los últimos toques al adorno de la pieza.

Parecía, por lo elegante, la habitación de una dama; pero no tal, conozcamos al dueño: entró un joven alto y simpático, acompañado de un hombre extraño, el cual por su mísero aspecto era un mendigo. Malo su traje, desteñido y manchoso, los zapatos rotos dejaban ver los pies, la barba y el cabello en desorden, polvoriento el sombrero.

—Descanse, Gabriel, dijo el joven, mientras ordeno a mis criados que le arreglen un vestido.

—¡Oh!, señor Gerardo, ¿de qué país afortunado es usted, quiénes son sus padres y sus maestros?

—Soy Gabriel, del país de la soledad; mis padres son cristianos, mis maestros, mírelos usted, son mis libros. Dicho esto, levantóse y salió.

Regresó luego y díjole: Vámonos para que se vista y se arregle como debe arreglarse un hombre; en esta casa no pida usted, ordene, y cuando se halle presentable como todos, vuélvase y beberemos vino.

—Éstoy asombrado, señor Gerardo; ¿quién puede tratar así a un mendigo?

—Asómbrese, no de mí, sino de quienes ultrajan la dignidad humana cuando la ven caída, de quienes hacen relucir su oro en la sombra negra de la miseria, de aquellos que ostentan su hartura junto a rostros famélicos; de aquellos que llevan perlas y diamantes junto a seres harapientos que tiemblan de frío.

Replicole el mendigo: Estos hechos dolientes de la vida, tantas veces contemplados y sentidos por mí, han dejado en mi alma no la envidia y el odio, sino otro sentimiento: el tedio. Pero, dígame, ¿por qué ese invisible roedor se introduce en el corazón de la humanidad toda? Baña con lágrimas el ropaje inmaculado de la adolescencia, oscurece la azul nubecilla de la juventud y envuelve en crespones las cadenas de ese espectro que llamamos vejez? El

tedio es gota de acíbar vertida en la copa del placer y pan amargo arrojado a la abrumadora ancianidad. Anhelos de lo infinito, mezquinidad en la acción y egoísmo insano nutren esa espantosa angustia del espíritu.

Gerardo contestó: En usted, Gabriel, es explicable el tedio, como fruto acedo de tantas desesperanzas y tristezas; pero, en el adolescente que ríe y juega, en el joven que trabaja y ama, en el viejo que descansa y espera; ¿cómo puede explicarse? Cuando no se embellece en la adolescencia la imaginación sonámbula, ni se dirigen sus inclinaciones incipientes; cuando a la juventud no se le impulsa al heroísmo, a donde puede llegar por constantes afanes con sus impetuosas energías, surge el tedio, como resultado de una educación perniciosa y de un esfuerzo estéril. Y si en aquellas edades no ha habido una preparación fecunda para la vida, ¿por qué va a descansar el viejo, ni a qué puede aspirar en ultratumba? Muy contradictorio parece sentir el peso de la existencia, rica de impulsos, cuando la miseria de tantos seres débiles nos invita a servirles con aquella plenitud de energías, que dando levedad a su carga les restauren el vigor y el contento.

En estas pláticas llegaron a la puerta de un cuarto, donde se veía un elegante lavabo.

Gabriel entró. Gerardo mandó a un criado: Sírvale. Cuando se iba alejando de aquel cuarto, el joven exclamó: ¡Bah! un hombre

que va a gozar, y tan barato, pues a mí no me ha costado sino mandarlo; pero, cuando se trata de un mendigo, no se da una orden, no se le alarga un pan, si no se le ofrece una gota de amor.

Y el corazón del pobre goza y ama tanto como el nuestro, aun más que el nuestro, porque tiene en su fondo la necesidad, mientras que muchos sufren el hastío de sus riquezas.

A poco rato se presentó a Gerardo el mendigo vestido con pulcritud y decencia. ¡Oh, señor, dijo, delante de usted me siento otro hombre, qué transformación se opera en mí!

¿Qué siente usted, Gabriel?

Inmensa gratitud, dignidad, fuerza y perdón para todos los hombres.

El alma de un mendigo, murmuró el joven, atesora sentimientos que honrarían a pechos realzados con perlas y oro. Mas, qué valen estos sentimientos si anidan en un corazón que palpita debajo de harapos?

Bebamos un vaso de vino, dijo Gerardo, y bebámoslo por todos los mendigos que tienen una razón que discurre y un corazón que sufre.

Levantóse con dignidad el mendigo y, alzando su copa, exclamó: Joven, escucha: es un pobre el que te habla, un pobre que va a impetrar para ti las bendiciones del cielo, en cuyo nombre llamó a las puertas de tu caridad. ¿Alcanzaría mi mezquina gratitud a pagar la largueza de tu dádiva; podrían ser correspon-

didos tus favores con mis ineficaces palabras?
No, por cierto.

Que el Dios Omnipotente, que se ha dignado llamarse Padre de los pobres, con su pródiga mano, que dora los campos, que derrama en la arena de los ríos menudos granos de oro, que esconde en las entrañas de la tierra diamantes, que siembra el mar de perlas te conceda, no el bien del cuerpo solamente, sino la generosa riqueza del espíritu. Que Él te dé paz, gloria y amor, descubra a tus ojos las sabias leyes con que gobierna el Universo, ponga en tus manos llave de bondad para abrir los corazones y en tus labios palabras de luz que guíen almas.

Que Él, en el postrero día de tu vida, conceda a tu alma inmortal el premio de tu misericordia. Gerardo, ¡salud!



DOLOR ETERNO

*EN LA TUMBA DE MI ADORADA ABUELA
LEONOR VASCONEZ DE CUVI*

ROMPO EL SILENCIO! Modera tu angustia corazón. Pero sollozas, pero te ahogas, gimes; pobre corazón mío. Vestido de crespones vas a ocultar en el secreto las lacerías que el infortunio cruel te dejó impío? No, déjame que murmure, préstame tus cantares funerarios, dame a beber tus lágrimas, embriégame en tu cáliz de puro acíbar: cúbreme con el palio de tus nieves y coróname con las flores mustias de tus inviernos rígidos.

Cayó la abuelita adorada como una rosa a la que mató el hielo, antes que de los años, de los dolores de la vida. Su muerte desató la tormenta en los albores de mi adolescencia, y aquellas fueron las primeras lágrimas que me iniciaron en los secretos del dolor.

¿Qué diré de mi pena, cómo podré expresar la tristeza que me desgarrar el corazón? Cómo ponderaré cuánto la amaba y qué desoladora es para mi alma la nostalgia de sus ternuras y de sus dulces, suavísimos amores?

Yo la amaba y la admiraba a un tiempo, porque su inteligencia se elevaba libremente a

las cumbres, porque su voluntad era fuerte, intrépida y constante, porque fué muy piadosa y austera, porque me dió el oro de sus cariños y de sus enseñanzas.

La memoria de sus virtudes vivirá en mi corazón para siempre, ya en bonanza o en vicisitudes. Su atractiva bondad, la pureza de sus costumbres y su irrestricto cumplimiento del deber, formaron en ella el carácter de la mujer fuerte. Floreció su vida en la serenidad y la paciencia; «buscó lana e hilo y los trabajó con manos hábiles e ingeniosas», modesta e indulgente, con el alma y la sonrisa a flor de labios; a nadie causó daño y su alma noble perdonó al momento a los que le agraviaron.

¡Ay de mí! Yo tan triste, élla sola en la tumba, muda y fría. Abuela, te acompaño, junto al sepulcro velo: Escúchame. La augusta noche te habla, las estrellas te envían el beso de luz de sus destellos, el céfiro murmura y te acaricia trayéndote perfumes, los sauces y cipreses se inclinan, te saludan y en recuerdo te dejan briznas, te regalan hojas; el rocío, qué bueno, llega, se acerca a ti, y parece que llora porque no te reanima como a las rosas y a las azucenas.

Descansa en tu apacible noche, abuela mía, que te arrullen mis cánticos y mi oración; duerme al abrigo de la Cruz. Que esta Cruz santísima te proteja en la muerte, como te bendijo y te protegió en la vida.

DE LA VERDAD

NO EXISTE nada más excelso que la verdad. «La verdad es lo que es», o también la esencia de los seres y de las cosas.

El Señor ha querido llamarse Dios de la Verdad, y Augusta como su existencia es la verdad eterna de sus palabras. En El está el principio y la plenitud de la sabiduría.

Qué sublime es la verdad en la inteligencia, en el corazón y en las palabras de los hombres. La verdad en la inteligencia hace los sabios, los filósofos; la verdad en el corazón es el amor; la verdad en las palabras es la divisa de los leales, de los valientes, de los buenos.

¡Oh verdad amable, oh verdad florida cuando brotas de los puros labios de la madre o de los labios dulces de la amada!

¡Oh verdad seductora cuando surges de la pluma del artista, verdad milagrosa cuando brillas en la mente divinizada del genio!

El conocimiento de las leyes que rigen el Universo hace los hombres de ciencia, de la

ciencia que es antorcha y gloria de la humanidad, de la ciencia que descubre mundos con Cristóbal Colón, que con Edison hace luz de la electricidad.

El hombre por medio de la ciencia va sujetando todo a su dominio: El infinito mundo sideral por la Astronomía; los reinos del viento por la Aerometría y por el aeroplano; los imperios del mar por el vapor y por el submarino; la tierra y sus secretos por la Agricultura y la Química; el cuerpo humano por la Biología.

El descubrimiento de las leyes psicológicas forma los filósofos, que encuentran en el alma espacios incommensurables, mayores que los indefinidos espacios planetarios. ¡El pensamiento! Más allá de los mares y de las tempestades, más allá de las estrellas y de las nebulosas, alado, poderoso e inmortal se eleva el pensamiento, que es la gloria del hombre, el pensamiento que es fuerza porque es preludio de la acción, prevee el porvenir, enseña a conocer el bien y a huír del mal, allana el camino de la dicha y vuelve muy difícil el fracaso; el pensamiento, cofre de los recuerdos, algo como una resurrección de tantas cosas que fueron y que ya no existen. El pensamiento, sobre todo, que nos descubre el ideal.

El estudio de las leyes que gobiernan la voluntad forma los moralistas, que exploran un campo ya tempestuoso y ardiente como las

olas del mar y los torbellinos del desierto, ya bello y delicioso como los más encantadores oasis.

Verdad sublime, de claridad inefable, de sencillez purísima, de hermosura más que todas cabal; el error, la ignorancia te ocultan, te hacen sombra; el error, la ignorancia tan fáciles y tan desastrosos para la humanidad. Pero, ¡Dios mío! no consiste la mayor causa del error en no saber pensar? porque la verdad buena y amable, se da a los pensativos que la llaman. Precisa, sobre todo, convencerse de que el pensar bien es la llave de los tesoros de la vida, pues todo tiene un camino que lo descubre la idea y toda dificultad un desenlace que lo tiene en su mano el pensador.

Ninguna cosa enaltece tanto al hombre como la verdad; pero ninguna le degrada tanto como la mentira.

Pues la mentira pertenece a los cobardes que no tienen el valor de decir la verdad; a los aduladores que la sacrifican por mezquino interés; a los mercaderes codiciosos que la venden por el oro corruptor; a los fanfarrones que publican fantásticas grandezas, a los ruines que necesitan ocultar miserias.

Pero, la verdad tampoco debe descubrirse siempre, porque es a veces tan luminosa que ciega, tan afilada que hiere, acaso también cruel, que mata. El silencio, la prudencia, la sobriedad en el hablar, muestra son de encum-

brada sabiduría. La verdad es como el fluido eléctrico, que requiere aisladores de cristal y seda que la dejan aparecer brillante pero inofensiva; la verdad es como el vapor encerrado en las grandes maquinarias, el cual distribuido como la sangre por arterias y venas, anima y vivifica, pero sin dirección ni medida estalla y destruye.

Hay también otras verdades que debemos callar, y son las que se refieren a los extravíos de nuestros semejantes; estos debemos ocultar tanto como los nuestros propios, pues pocos vicios hay más perniciosos y despreciables que la difamación. Quebrantar todo principio de justicia, condenando al acusado sin que él esté presente para defenderse y lanzar un veredicto aleve o irrisorio es un rechazo a la moral y un absoluto desconocimiento de la caridad.

Es preciso, sí, hablar muy alto contra el vicio, ponderar la monstruosa deformidad del mal; pero cubrir con el manto del silencio las faltas de los otros. Es necesario curar y no envenenar a los demás, y hacer del divino dón de la palabra bálsamo que alivie los dolores, luz que ilumine, vino que sostenga en las luchas y desmayos de la vida.

Pero esto no se extiende a los casos en que la verdad debe descubrirse a los pueblos para corregir las faltas públicas; defender a la patria o hacer respetar la justicia; mas, entonces ha de ostentarse con su cortejo augusto: Sereni-

dad, valor, pulcritud de lenguaje, porque el insulto, la diatriva vil son guiñapos que deforman y degeneran su imperial realeza.

El libro y el periódico, maestros de la humanidad, deben enseñar siempre lo justo, lo verdadero, lo bueno y cuidar de que la forma en que se ofrezcan estos divinos presentes sea bella, a fin de que la enseñanza resulte no sólo comprendida sino también amable por el ritmo de la expresión y la gracia del estilo.



TRISTEZA

UNA tarde oscura, fría y lloviendo oí a Lolita lo que voy a escribir. Lola, delicadísima poetisa, es por lo mismo, muy idealista y sensible.

Ellos, mis buenos padres, para mitigar el dolor de la vida, me guardaron como una joya en estuches de seda y fueron pródigos en derramar a mi paso flores y oro. La naturaleza cubrió mis ojos, ávidos de espacio y de luz, con cendales de poesía: Así que, creí contemplar la realidad sin asperezas, por haber recibido la unción narcótica y sedante de la fortuna y del arte.

Mas, ¡ay!, en vano todo, porque hoy en que puedo ejercer mis derechos, cuando estoy en la plenitud de mis fuerzas y tengo el conocimiento claro y sereno de las cosas, me siento fatigada, que quisiera dormir, y no pensar y tener insensible el corazón.

Y he dicho, ¿desde cuándo esta negra tristeza? Desde que era pequeñita y no juga-

ba por inconsciente alejamiento de la alegría. ¿Era, tal vez, porque el presagio de los futuros dolores me entristecía tan pronto? Pues si alguna precocidad, hubo en mi infancia y en mi adolescencia, fue aquella en que brotó en lozanas flores la melancolía.

Tristeza cuando encontré sombrío el porvenir de la mujer. ¿Ideales? Alegrías ficticias, amores pocas veces sinceros, educación deficiente siempre, perjudicial a veces, y luego, la supuesta inferioridad de la mujer respecto del hombre, inferioridad dada no por la naturaleza sino por la sociedad y las costumbres.

Tristeza de la ignorancia, y del arte esquivo y de la palabra indómita que no se amolda a la frase.

Tristeza, gran tristeza cuando se ve al talento acosado por la miseria y a la virtud oprimida y despreciada; en cambio, la mediocridad se yergue altiva y la audacia desvergonzada triunfa.

Tristeza del glacial corazón de los hombres y de las mujeres que practica tan poco el altruísmo, el desprendimiento, la caridad, porque su móvil más grande es el egoísmo. La lucha eterna del hombre contra el hombre.

Tristeza, porque tantas veces, los suaves modos de la sociedad son fingidos y por la rudeza primitiva del fondo íntimo de los seres. ¿Dónde la fraternidad cristiana que nos hace simpatizar con todos, con los grandes y con

los pequeños, ni la tolerancia que nos hace aparecer educados y buenos?

Tristeza de la miseria, de los que tienen hambre y desnudez, enfermedades e ignorancia, de los que no tienen habitación y carecen de pan.

Tristeza de la vejez ajena, y temor de la que vendrá un día a destruir la esbeltez de nuestro cuerpo y a convertir en plata los oros del cabello. Tristeza de los rostros y las manos que se mustian como las flores, de los ojos que se nublan y los cuerpos que se inclinan.

Tristeza del dolor escondido en la copa del placer, en todos los deleites, en los triunfos y en las glorias.

Tristeza de la muerte que resume todas las amargas, que corona todos los dolores.

Y junto con este dolor general, que todos padecemos, tengo además el hondo, el penetrante dolor mío. Desde niña supe decir mis penas, muy quedo, como un secreto, en el altar de la Virgen María: mas, para lanzarlas al vaivén de la vida, han de convertirse primero en flores de poesía, ténues como un suspiro, puras como una lágrima.

Así voy avanzando con el corazón roto, y quisiera morir, si no brillara el ideal como una estrella de infinita dulzura: El ideal de cultivar las rosas del jardín interior, el ideal de hacer volar a la blanca paloma del ensueño a regiones en donde sean grandes, muy grandes

el espacio y la luz, el ideal de ser buena y ser fuerte . . . ¿Sabes, me dijo Lola interrumpiéndose, que la divina claridad de mi ideal padece eclipses? A veces creo que la tristeza, noche y escarcha de las almas, no es ambiente propicio para el cultivo del jardín interior; creo difícil que la mujer se ilustre libremente, porque no puede huir del medio hostil, que desdeña su instrucción por innecesaria y molesta; me parece un círculo de hierro la inacción en que vivo, porque, por estos mundos hace falta la libertad, y, más que ésta, el oro, mucho oro para hacer el bien. En suma, concluyó, el día en que se apague la esperanza de vivir otra vida mejor, quedará la última y religiosa creencia de esperar la llegada de la Intrusa, para caer en sus brazos maternos, y dormir y soñar.



¡SALVE!

¡SALVE a los héroes del Diez de Agosto de 1809! Videntes del ideal, apóstoles de la libertad, obreros del progreso, mártires, liberadores, ¡salve!

Como del encuentro de contrarios fluídos brota la incendiaria chispa del rayo, así, la opresión española y la libertad americana chocaron en fortísima embestida, y la centella de la emancipación saltó, iluminó los horizontes de América, y el trueno retumbó en los espacios del Nuevo Mundo, despertando a los hijos del Continente de su letargo secular.

La libertad hizo su aparición en América como manso arroyuelo; creció éste luego; encrepó las olas en torrente; se precipitó en turbión, se hizo un mar y en tempestad tonante se lanzó a la roca del despotismo; azotola con ira, la derribó y levantó sobre élla el áureo trono de la libertad.

Quito la gentil, la histórica tierra de la luz; élla, a quien la mano del Hacedor colocó

en las cumbres del planeta; élla, cuyos antiguos reyes adoraron al Sol, y a quien la fama dió el título de Quito, Luz de América, porque lanzó a la faz del mundo el primer grito de libertad; coronó gloriosamente la emancipación en las faldas del Pichincha.

¡Oh dón sagrado de la libertad!, preciosa visión que contempló Bolívar en su genial ensueño; libertad, a quien ofreció Sucre el tesoro de su alma maguánima y a la que ofrendó Calderón su heroica vida; ¿Cómo no amarte si haces la grandeza de los hombres y los pueblos; si eres poder del bien, si es tu ideal la justicia y si eres fuente de prosperidad? Cómo no amarte si eres el reto heroico contra la esclavitud, si rompes las cadenas, rescatas el honor y a tu sombra puede florecer lo bueno, lo noble, lo grande?

Por el amor sublime de la libertad el suelo americano brotaba y brotaba héroes a millares; cada soldado era digno de su jefe y la idea libertadora encontraba un altar en el corazón de los patriotas anónimos. Esa legión de héroes desconocidos, no eran soldados de una región pequeña; éranlo de América toda y de la humanidad.

Aquellos hombres antes oprimidos corrían gustosos, no al sacrificio de la vida solamente, sino a sufrir primero miserias y amarguras sin número.

Pelean como bravos, pero van a sucumbir: «Bolívar, mortalmente pálido, descende del caballo y colocándose en medio de los suyos, aquí, exclama, moriré el primero. . . . Mas, ¿qué pasa? ¡Viva la libertad!, grita Antonio Ricaurte y el eco de su voz se eleva al cielo con la infame música guerrera de la explosión. Y la libertad surge triunfalmente de las cenizas gloriosas del héroe que se inmortaliza.

Vedles, semidesnudos y hambrientos, sin refrigerio para el calor del día ni abrigo para la noche. De los pies les brota sangre y no pueden dar al cuerpo ni el necesario descanso. Ya trepan las bravías sierras audinas, ya orillan los bramadores torrentes o se arrojan impertérritos a las rugientes olas de los ríos.

Hasta la naturaleza que había dormitado en paz, parece que protesta de la guerra; ellos triunfan de sus obstáculos, y en el puente de Boyacá, en las llanuras de Carabobo, en Junín y Ayacucho demuestran que son invencibles; «porque si la naturaleza se opone, lucharemos contra élla y la someteremos», exclamó Bolívar.

Fruto del genio y de la heroicidad, del sacrificio y la constancia, del más acendrado amor humano y patrio amor, es la emancipación americana, que tuvo gloriosa corona en el Pichincha.

Conservemos la libertad y el honor de la patria, con sacrificios, si necesario fuere: Que canten a la libertad nuestros poetas, que la

adoren nuestros corazones, que la defiendan y sostengan nuestras vidas; «es tan dulce morir por la patria», y que jamás haya para el Ecuador usurpadores ni tiranos. En esta fecha clásica celebremos la libertad de la República, la gloria de sus héroes y esforcémonos por imitar sus virtudes.

Quito, Agosto 10 de 1921.



CARIDAD Y PATRIOTISMO

«LA vida más rica es la que se encuentra más llevada a prodigarse, a sacrificarse en una cierta medida, a partir con los otros», dice el genial Guyau. La caridad, alma del cristianismo, es el florecimiento del corazón en el bien, florecimiento que traducirse pudiera como universal simpatía, tolerancia, perdón, socorro material y pan saludable del espíritu.

Es tan bella y suave la caridad, tan poderosa y paciente, tan solícita y constante, que es muy acertado compararla con el^r más puro y encendido de los amores, el amor^r maternal. La caricia de la mano bienhechora se deshoja como una rosa sobre los tristes y los míseros, sobre aquellos de quienes han huído la^s belleza y la fuerza, el carmín de las mejillas y la seda del vestido; caricia maternal a los enfermos, a los desengañados por el fracaso y a otros seres pequeñitos y buenos, los niños.

En la culta y noble Riobamba, existe hace algún tiempo una preciosa Institución, *El*

Taller de Costura para niños pobres, cuya Presidenta es la inteligente, abnegada y entusiasta señorita Teresa Rodríguez O.

Es altamente ejemplar y patriótica la dicha Institución, porque vive y funciona con los generosos donativos de las señoras y caballeros de la localidad. Estos donativos se convierten en lindos vestidos, que trabajan para los niños pobres las más buenas y gentiles chiquillas de Riobamba.

Esto es en verdad hermoso y ejemplar porque realiza el altruísmo, tan necesario para el progreso. Unos regalan dinero, telas, cintas, encajes; éllas, las encantadoras jóvenes, confeccionan con delicadeza y gracia los vestidos que se distribuyen a los niños pobres, cada año, después de una solemne Exposición.

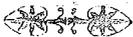
Y estas Asociaciones de Beneficencia han sido en todo tiempo y son actualmente de inmensa utilidad social, porque el esfuerzo aislado es casi siempre pequeño e ineficaz; pero, gracias a la unidad de idea y a la comunidad de trabajo, se opera el triunfo glorioso del esfuerzo colectivo, el cual significa poder, abundancia y adelanto. Como fruto de esta beneficencia que decimos, se han fundado en estos últimos tiempos, la Gota de Leche en Quito, y la Casa Cuna en Guayaquil.

Hacer el bien de todas maneras, en todas las formas es uno de los más nobles fines de la vida. «No hay más que una virtud y es la bon-

dad». Hacer el bien a los niños, alimentar, vestir, educar a los futuros ciudadanos, a los que serán los hombres de mañana, sacerdotes, sabios, artistas, soldados, obreros, es muy patriótico y muy dulce.

Los niños, de cuerpecitos rosados o liliales, de almas diáfanas y azules como la aurora; en ellos, todo un porvenir que duerme, la vida de un pueblo que se desarrolla para la lucha, fuerzas latentes que pronto se convertirán en realidades espléndidas, en triunfos memorables. «De entre las nuevas oscuras muchedumbres surgirán los infaltables electos y con ellos vendrán al mundo nueva verdad y hermosura, nuevo heroísmo y nueva fe».

El Taller de Costura para niños pobres, fundado y sostenido por la caridad y el patriotismo de la culta sociedad de Riobamba, responde a graves e imperiosos anhelos nacionales como son la beneficencia social y la protección a los niños.



ABDON CALDERON

HA ido pasando en medio de la apoteosis de los tiempos el glorioso Teniente del Batallón Yaguachi, aquel heroico, mil veces heroico soldado, que «murió gloriosamente en el Pichincha, pero que vive en nuestros corazones».

Ataviado está con galas de muy lozana juventud, es dueño de caudales inmensos de heroísmo y mártir del más doloroso sacrificio. De aquí, que este cefevo de apolínea belleza, es príncipe adorado de la patria, y diríase por sus hazañas épicas, discípulo de los más afamados capitanes de todos los siglos.

La historia se detiene, asombrada, para admirar su prócera excelencia y la eternidad pregona de centuria en centuria sus prodigiosos hechos.

En la diamantina frente del Pichincha, en el inmenso corazón de un siglo, en el alma joven y noble de una raza, en la imaginación de un pueblo artista se levanta olímpica, radiosa, augusta la memoria de Abdón Calderón.

¡Salve, oh heroico niño!, que eres amado por tu pueblo como su sol, como su honor y su bandera; trigo de nuestros campos, flor de nuestros vergeles, poema el más cincelado y primoroso de esa noble tierra de trovadores, gloriosa Cuenca, que camina hacia la inmortalidad coronada de rosas y laureles.

¡Teniente del Batallón Yaguachi!, en nombre de la admiración y el amor de estos pueblos, yo te proclamo General de Sus tropas, modelo de Su Ejército.

¡Capitán! ¡General!, ve siempre de frente a la cabeza del Ejército mostrándole el camino de la victoria. De frente, llevando en esa tu diestra augusta la bandera del Libertador, la bandera de Sucre. Tricolor victorioso del Pichincha, de Carabobo, de Junín y Ayacucho, emblema de libertad, de valor y justicia.

Salve en este día memorable a todos los mártires, a todos los bravos del Veinticuatro de Mayo de 1822. Salve a los héroes ignorados, a los soldados anónimos que lucharon gloriosamente para darnos libertad y patria. Saludemos desde la cumbre del Pichincha la independencia de América, que tuvo por ideal la justicia, y que triunfó no sólo por la fuerza de las armas, sino por el talento, el valor y el martirio de los libertadores.

Quito, 24 de Mayo de 1922.

INDICE

	<u>Págs.</u>
A mis amigas	3
A Leonor en su Primera Comunión	5
Clarines y Cornetas	7
A un Aviador	9
Vicente León	11
Por la Gota de Leche	15
Canción de Primavera	21
Por la Mujer	29
Un Mendigo	41
Dolor Eterno	47
De la Verdad	49
Tristeza	55
¡Salve!	59
Caridad y Patriotismo	63
Abdón Calderón	67

